

Y huyó por la escalera con la cabeza descubierta.

El ruido de la puerta de la calle, cerrándose con estrépito, sacó á Juan de su estúpido. Habían pasado algunos segundos, más largos que horas, y su alma se hallaba sumida en un anonadamiento como de idiota. Comprendía que necesitaba pensar, hacer algo; pero esperaba resistiendo á la evidencia por miedo, por debilidad, por cobardía. Era de la raza de los contemporizadores, que lo dejan todo para el día siguiente; y cuando necesitaba tomar una resolución en el acto, trataba aún por instinto de ganar algunos momentos.

Pero el silencio profundo que después de las vociferaciones de Pedro le rodeaba, aquel silencio súbito de las paredes, de los muebles, y la luz de las seis bujías y las dos lámparas, le asustó de pronto y sintió deseos de escapar también.

Entonces procuró serenar su pensamiento y su corazón y trató de reflexionar.

Nunca había encontrado una dificultad en la vida. Era de esos hombres que se dejan ir como el agua que corre. Había estudiado con cuidado por no sufrir castigos y terminado su carrera de derecho con regularidad, porque en él todo era metódico. Todas las cosas del mundo le parecían naturales, sin llamarle mucho la atención. Amaba por temperamento el orden, la prudencia y el reposo, y se encontraba ante aquella catástrofe como un hombre que cae al agua sin saber nadar.

Primeramente quiso dudar. ¿Había mentido su hermano por odio ó por envidia?

¿Cómo había de ser tan miserable que dijera de su madre una cosa semejante si él mismo no se hallara poseído de la desesperación? Y además,

Juan conservaba en el oído, en la mirada, en los nervios, hasta en la carne, ciertas palabras, entonaciones y actitudes de Pedro tan dolorosas como irresistibles, tan irrecusables como la certidumbre.

Se sentía hartamente anonadado para hacer un movimiento ó tener una voluntad. Su malestar se hacía intolerable, y sentía que detrás de la puerta estaba su madre que lo había escuchado todo y que esperaba.

¿Qué hacía? Ni un movimiento, ni un quejido, ni un suspiro revelaban la presencia de un ser detrás de aquella tabla. ¿Había huido? ¿por dónde? Para huir tenía que haberse tirado por la ventana á la calle.

Le invadió un sobresalto de terror tan rápido y tan imperioso, que abrió impetuosamente la puerta y se precipitó en el dormitorio.

Parecía vacío. Una sola bujía lo alumbraba puesta sobre la cómoda.

Juan se dirigió á la ventana. Estaba cerrada, con la falleba echada.

Se volvió, registró con la ansiosa mirada los rincones oscuros, y vió que las colgaduras de la cama estaban corridas. Las describió y encontró á su madre echada, con la cara escondida entre la almohada, que sujetaba con ambas manos sobre la cabeza para no oír.

Alpronto la creyó ahogada. Luego, habiéndola cogido por los hombros, la volvió sin que soltase la almohada que la ocultaba el rostro y que mordeía para no gritar.

Pero el contacto de aquel cuerpo rígido, de aquellos brazos crispados, le comunicó la sacudida de su indecible tortura. La energía y la fuerza con que retenía con uñas y dientes la tela rellena de plumas sobre su boca, sobre sus ojos y sobre sus orejas para que no la viese ni la hablase le hizo adivinar, por la conmoción que reci-

bió, hasta qué punto se podía sufrir. Y su corazón, su sencillo corazón, fué desgarrado por la compasión. Él no era un juez, ni siquiera un juez misericordioso, sino un hombre débil y un hijo lleno de ternura. No recordó nada de lo que el otro le había dicho, no razonó ni discutió; tocó solamente con sus manos el cuerpo inerte de su madre, y no pudiendo arrancarle la almohada de las manos, gritó besando su ropa:

—Mamá, mamá, querida mamá, mírame.

A no ser por el ligero estremecimiento que recorría todos sus miembros, como la vibración de una cuerda tirante, se la hubiera creído muerta.

—Mamá, mamá, escucha. Eso no es verdad; yo sé que no es verdad.

Luisa tuvo un espasmo, una sofocación, y sollozó sobre la almohada. Entonces todos sus nervios se debilitaron, sus músculos se aflojaron, sus dedos se

entreabrieron soltando la tela y Juan la descubrió el rostro.

Estaba más que pálida, blanca, y de sus párpados cerrados corría abundante llanto. Abrazándose á su cuello, Juan la besó en los ojos con inmensa ternura, repitiendo:

—Mamá, querida mamá... yo sé que no es verdad... Nol lores... eso no es verdad...

La madre se levantó, se sentó, le miró, y haciendo uno de esos esfuerzos de valor que se necesitan en ciertos casos para matarse, dijo:

—Sí, es verdad, hijo mío.

Los dos quedaron mudos, uno delante de otro. Durante algunos segundos ella siguió sofocada, sin poder respirar; luego consiguió dominarse, y añadió:

—Es verdad, hijo mío. ¿A qué mentir? es verdad. Si yo mintiese, tú no me creerías.

Parecía una loca. Juan, lleno de te-

rror, cayó de rodillas á los pies de la cama, diciendo:

—Calla, mamá, calla.

La madre se levantó con una resolución y una energía aterradoras.

—No tengo más que decirte. Adiós, hijo mío.

Y se dirigió hacia la puerta.

Él la cogió en sus brazos gritando:

—¿Qué haces, mamá? ¿Adónde vas?

—No lo sé... no lo sé... No tengo ya que hacer, puesto que estoy sola.

La triste luchaba por desasirse, pero él la retenía sin acertar á decir la más que una sola palabra:

—Mamá, mamá... mamá.

La madre contestaba redoblando sus esfuerzos.

—No, no, ya no soy tu madre; ya no soy nada para ti, para nadie. No tienes ni padre, ni madre, hijo mío... Adiós.

Juan comprendió súbitamente que si la dejaba marchar no la vería más,

y cogiéndola en brazos la llevó al sillón, donde la sentó por fuerza, y arrojándose y encadenándola entre sus brazos la dijo:

—No saldrás de aquí, mamá... Yo te amo y te conservo... Siempre á mi lado, tú eres mía.

Ella murmuró con voz ahogada:

—No, pobre hijo mío, no es posible. Esta noche lloras y mañana me arrojarías. Tú tampoco me perdonarías.

—¿Yo, yo? ¿Qué poco me conoces!— repuso Juan con un arranque de amor tan sincero, que su madre le cogió la cabeza con ambas manos y la cubrió de besos.

Luego permaneció inmóvil, con la cara pegada á la de su hijo, sintiendo el calor de su carne, y diciéndole al oído:

—No, querido Juan, mañana no me perdonarías. Hoy lo crees y te engañas. Me has perdonado esta noche, y ese perdón me ha salvado la vida; pe-

ro es preciso que no vuelvas á verme.

—Mamá, no digas eso.

—Sí, es preciso que me vaya. No sé adónde, ni cómo, ni lo que diré, pero es preciso. No me atrevería á mirarte ni á besarte, ¿comprendes?

Entonces Juan replicó á su vez en voz muy baja:

—Tú te quedarás porque yo lo quiero, porque te necesito, y ahora mismo me vas á jurar obedecerme.

—No, hijo mío.

—Es preciso, ¿lo oyes? es preciso.

—No, es imposible. Sería condenarnos los dos á un infierno. Yo sé desde hace un mes lo que es este suplicio. Tú estás conmovido, pero cuando te serenes, cuando me mires como me mira Pedro, cuando recuerdes lo que te he dicho... ¡Oh, Juan, piensa... piensa que eres mi hijo!...

—No quiero que me dejes. No tengo más que á ti en el mundo.

—Pero piensa, hijo mío, que no po-

dremos vernos sin avergonzarnos, sin que yo me sienta morir de pena y sin que tus ojos hagan bajar los míos.

—Eso no es verdad.

—Sí, sí, es verdad. Yo he comprendido todas las luchas de tu pobre hermano, todas, desde el primer día. Ahora, cuando oigo sus pasos en la casa, parece que el corazón se me quiere salir del pecho; cuando oigo su voz creo que voy á desmayarme. Y hasta hoy te tenía á ti... pero desde hoy no te tendré tampoco... ¿Crees, Juan, que yo podría vivir entre los dos?

—Sí, mamá. Yo te amaré tanto que lo olvidarás todo.

—Eso no es posible.

—Lo es.

—¿Cómo quieres que lo olvide entre tu hermano y tú? ¿Lo olvidaréis vosotros?

—Yo te lo juro.

—No podrás.

—Sí, te lo juro. Y además, escucha:

si no he de verte, siento plaza de soldado y me hago matar.

La madre quedó vencida por esta pueril amenaza, y estrechando á Juan contra su corazón le acarició apasionadamente. Juan prosiguió:

—Yo te amo más de lo que piensas, mucho más. Vamos, sé razonable. Trata de quedarte ocho días. ¿Me ofreces nada más que ocho días? No puedes negarme esto.

Luisa apoyó sus dos manos en los hombros de Juan, y dijo:

—Hijo mío, procuremos reflexionar tranquilamente. Déjame hablar ante todo. Si yo hubiera de oír una vez en tus labios lo que oigo desde hace un mes en los de tu hermano, si hubiera de ver en tus ojos lo que leo en los suyos, si hubiera de adivinar nada más que por una palabra ó por una mirada que te era odiosa como á él... una hora después, ¿lo oyes? una hora después..... habría partido para siempre.

—Mamá, yo te juro...

—Déjame hablar... Desde hace un mes he sufrido todo lo que puede sufrir una mujer. Desde que comprendí que tu hermano, que mi otro hijo sospechaba de mí, y que adivinaba, minuto por minuto la verdad, todos los instantes de mi vida han sido un martirio imposible de explicar.

La voz de Luisa era tan angustiada, que el contagio de su emoción llenó de lágrimas los ojos de Juan.

Quiso besarla, pero ella le rechazó.

—Déjame..... escucha..... tengo aún tantas cosas que decirte, para que comprendas... pero no comprenderás... Es que si yo hubiera de quedarme, sería preciso... No, no, no puedo.

—Habla.

—Pues bien, sí. Al menos no te habré engañado. Tú quieres que me quede contigo, ¿no es eso? Para eso, para que aún podamos vernos, hablarnos, encontrarnos todo el día en la casa,

porque yo no me atrevo á abrir una puerta por miedo á encontrar á tu hermano detrás de ella, para eso es preciso, no que tú me perdones—nada hace más daño que un perdón,—sino que no me acuses de lo que he hecho. Es preciso que te sientas bastante fuerte, bastante diferente de todo el mundo, para pensar que no eres hijo de Roland sin avergonzarte y sin despreciarme. Yo he sufrido bastante, he sufrido demasiado... no puedo más, no puedo más. Y no desde ayer, desde hace mucho tiempo. Pero tú no podrás comprender esto nunca... Para que pudiésemos aún vivir juntos y abrazarnos, mi querido Juan, piensa que yo, más que la querida de tu padre, he sido su esposa, su verdadera esposa; que no tengo vergüenza en el fondo del corazón, que no lamento nada, que le amo aún después de muerto, que le amaré siempre, que no he amado más que á él, que ha sido

toda mi vida, toda mi alegría, toda mi esperanza, todo mi consuelo, todo, ¡todo para mí durante tanto tiempo! Oye, hijo mío, delante de Dios que me escucha, yo no hubiera tenido nunca nada de bueno en la existencia si no le hubiese encontrado, nunca, nada, ni un cariño, ni una dulzura, ni una de esas horas que nos hacen sentir envejecer, nada. Yo se lo debo todo. No he tenido más que á él en el mundo, y luego á vosotros dos, á tu hermano y á ti. Sin vosotros todo sería para mí vacío y negro como la noche. Yo no hubiera jamás amado nada, ni conocido nada, ni deseado nada, ni siquiera hubiese llorado, porque yo he llorado, hijo mío. Sí, he llorado mucho desde que vinimos aquí. Yo me había entregado á él en cuerpo y alma para siempre, y durante diez años he sido su mujer, como él fué mi marido ante Dios, que nos había hecho el uno para el otro. Después comprendí que él me

amaba menos. Seguía siendo bueno y cariñoso, pero yo no era para él lo que había sido. Todo había concluido. ¡Cuánto lloré! ¡Qué engañosa y miserable es la vida! ¡No hay en ella nada que dure!... Llegamos aquí y no le he vuelto á ver, ¡nunca ha venido! ¡Prometía en todas sus cartas! Yo le esperaba siempre... y no le he visto más. Pero aun nos amaba, puesto que pensó en ti. Yo le amaré hasta mi último suspiro y no renegaré de él jamás, y te amo porque eres su hijo, y no podría avergonzarme de él delante de ti. ¿Lo comprendes?... no podría. Si quieres que me quede, es preciso que aceptes ser su hijo y que hablemos de él algunas veces, y que le ames un poco y que pensemos en él cuando nos miremos. Si no quieres, si no puedes, adiós, hijo mío, es imposible que permanezcamos juntos. Ahora yo haré lo que tú decidas.

Juan respondió dulcemente:

—Quédate, mamá.

Ella le estrechó llorando en sus brazos, y luego preguntó:

—Pero ¿y Pedro? ¿Qué va á ser de nosotros con él?

Juan murmuró:

—Ya encontraremos una solución. Tú no puedes vivir con él.

—No, no puedo—contestó la madre al pensar en su hijo. Y añadió, arrojándose en los brazos de Juan:

—Sálvame de él, sálvame; haz algo... yo no se qué... pero algo.

—Sí, mamá, yo pensaré.

—Pero pronto, pronto. Tú no comprendes lo que me sucede cuando le veo.

Luego murmuró bajando más la voz:

—Tenme contigo, en tu casa.

Juan vaciló, reflexionó y comprendió con su buen sentido positivo el peligro de esta combinación, pero hubo de razonar mucho tiempo, dis-

cutir, combatir con argumentos precisos el terror de su madre.

—Solamente esta noche—decía,—solamente esta noche. Mañana diremos á Roland que me he puesto mala.

—No es posible, puesto que Pedro ha vuelto. Vamos, ten valor. Yo lo arreglaré todo, te lo prometo, desde mañana. A las nueve estaré en casa. Vamos, ponte el sombrero. Voy á acompañarte.

—Haré lo que quieras—dijo ella con un abandono infantil, temerosa y agradecida.

Trató de levantarse, pero el sacudimiento había sido tan fuerte que no podía tenerse en pie.

Entonces Juan la hizo beber agua con azúcar, respirar álcali y la bañó las sienas con vinagre. Ella se dejaba llevar, destrozada y caída como después de un parto.

Por fin pudo andar y tomó su bra-

zo. Cuando pasaron por delante del Ayuntamiento daban las tres.

Al llegar á la puerta de la casa, Juan la besó diciendo:

—Adiós, mamá. Valor.

Luisa subió sigilosamente la escalera, entró en su cuarto, se desnudó de prisa y se deslizó al lado de Roland que roncaba, con la emoción renovada de sus antiguos amores adúlteros.

En la casa sólo Pedro no dormía y la oyó llegar.